

Febrero 2024

TENGO SED DE DIOS

EDICIÓN N° 23



ALMAS EUCARÍSTICAS
Una niña que se entregó...

EVANGELIO, PAN DE VIDA
“Entró en agonía...”

POSTRADO A TUS PIES
Oración a la Pasión de Cristo

*“Si supiéramos el valor del Santo Sacrificio de la Misa,
qué celo no tendríamos en asistir a ella”. (Santo Cura de Ars)*



SUMARIO

- P. RODRIGO MOLINA,
UN ENAMORADO DE LA EUCARISTÍA
La Candelaria y la Eucaristía..... 3

- POSTRADO A TUS PIES
Oración a la Pasión de Cristo..... 4

- DOCTRINA SOBRE EL
SACRAMENTO DEL AMOR
Padeció bajo el poder de Poncio Pilato..... 5

- EVANGELIO, PAN DE VIDA
“Entró en agonía...” 6

- REFLEXIONES ANTE EL SANTÍSIMO
Afectos llenos de amor a Jesús Crucificado.... 8

- MARÍA Y LA EUCARISTÍA
María y la gratitud hacia Dios..... 10

- ALMAS EUCARÍSTICAS
Una niña que se entregó a Dios..... 12

- MILAGROS, PRODIGIOS Y GRACIAS
Las abejas adoradoras de Jesús..... 14

LA CANDELARIA Y LA *Eucaristía*

Comenzamos el mes de febrero con la fiesta popular de la Candelaria, la fiesta de la luz. En ella celebramos la Presentación de Jesús en el Templo y la Purificación de Nuestra Señora.

Nuestra misión tiene que ser eco de la de María. Ella es el candelero que sostiene y levanta al Niño para que alumbré a todos los de la casa. Ella presenta a Jesús como luz, es portadora de la Luz.

Dios nos llama a ser testigos de su Luz, como un día llamó a sus apóstoles. Ser testigo de Jesús, Luz del mundo, requiere un encuentro íntimo, personal, profundo con Él en la Eucaristía.

La Eucaristía es comparada por el P. Molina como la misma LUZ. En una de sus homilías, nos recuerda el sentido pleno de la Eucaristía cuando afirmaba que el mundo sin la Eucaristía es un mundo en tinieblas.

«Querer construir el mundo fuera de la Eucaristía es querer poner luz fuera de la Luz. Fuera del Dios Eucaristía no hay luz y fuera de la Luz no hay Amor. El Dios Eucaristía es la Pasión-Muerte-Resurrección de Jesús bajo los accidentes del Pan y del Vino.

Los que quieren poner luz fuera de la Luz son “legión”. Comenzó eso con Satanás, llamado Lucifer, es decir, portador de luz. Fue el primer gran rebelde revolucionario. Quiso ser luz fuera de la Luz de Dios. Resultado: la contradicción insoportable del infierno, las tinieblas exteriores. Toda luz fuera de la Luz es cerrada tiniebla exterior. Se llama exterior porque al margen de la Luz que es Dios toda otra luz es tiniebla.

La norma del Amor es la Luz. El amor fuera de la Luz es odio, fabrica tiniebla, mentira, falsedad, maldad... La Eucaristía es la sacramentalización del Amor. La Eucaristía no es el sitio donde se habla del Señor. La Eucaristía es el Señor». (P. Rodrigo Molina)



ORACIÓN A LA PASIÓN DE

Cristo

Del Libro "Alma de Cristo"

de Juan Carrascal, S. J.

Ya entrando en el litúrgico de la Cuaresma, y más cerca de la Semana Santa, nos detendremos en una consideración piadosa acerca de la Pasión de Cristo, mediante una oración que es una paráfrasis de una frase de "Alma de Cristo", clásica de la espiritualidad cristiana.

"Pasión de Cristo dolorosísima, inocentísima, santísima... obra de un exceso de amor en Ti y de un exceso de maldad en nosotros, confórtame.

Pasión de Cristo, que hizo llorar a los ángeles de paz, arranca de mis ojos lágrimas de compasión, de contrición, de amor... que eclipsó al sol, e hizo temblar la tierra, abrirse los sepulcros y romperse las piedras, rompe de dolor mi corazón, confórtame... que hizo se rasgara el velo del

templo, rasga el velo de mi ceguera espiritual, confórtame.

Pasión de Cristo, pasión de amor divino, de dolor infinito, de silencio sublime, confórtame para que quiera padecer por Ti. Padecer penitentemente, como pecador, pacientemente como cristiano, amorosamente como redimido, corrededor e hijo.

Pasión de Cristo, confórtame en los asaltos del enemigo, en las luchas de la vida, en mis dolo-

res y en mi pasión... confórtame en las horas de oscuridad en mi alma, en las horas de inconstancia en el propósito, de decaimiento en la lucha..., confórtame en las horas de soledad, de desamparo, de persecución.

Pasión de Cristo, única que puede ser consuelo en la pena, fortaleza en el dolor, modelo en la muerte, confórtame en la vida y en la muerte, oh mi única esperanza. Pasión de Cristo, confórtame".

JESUCRISTO PADECIÓ BAJO EL PODER DE PONCIO PILATO, FUE CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO...

El Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica nos explica la entrega de Cristo por amor nuestro y para nuestra salvación. Extraemos algunas respuestas que nos pueden ayudar a comprender más a fondo este hermoso misterio de nuestra Redención para prepararnos en esta Cuaresma a vivirlos con más intensidad en la Semana Santa que se acerca.

«En el tiempo establecido, Jesús decide subir a Jerusalén para sufrir su Pasión, morir y resucitar. Como Rey-Mesías, que manifiesta la venida del Reino, entra en la ciudad montado sobre un asno; y es acogido por los pequeños, cuya aclamación es recogida por el Sanctus de la Misa: “¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna! (¡sálvanos!)” (Mt 21, 9). Con la celebración de esta entrada en Jerusalén, la liturgia de la Iglesia da inicio cada año a la Semana Santa.

El misterio pascual de Jesús, que comprende su Pasión, Muerte, Resurrección y Glorificación, está en el centro de la fe cristiana, porque el designio salvador de Dios se ha cumplido de una vez por todas con la muerte redentora de su Hijo, Jesucristo.

La pasión y muerte de Jesús no pueden ser imputadas indistintamente al conjunto de los judíos que vivían entonces, ni a los restantes judíos venidos después. Todo pecador, o sea, todo hombre, es realmente causa e instrumento de los sufrimientos del Redentor; y aún más gravemente son culpables aquellos que más frecuentemente caen en pecado y se deleitan en los vicios, sobre todo si son cristianos.

Al fin de reconciliar consigo a todos los hombres, destinados a la muerte a causa del pecado, Dios tomó la amorosa iniciativa de enviar a su Hijo para que se entregara a la muerte por los pecadores. Anunciada ya en el Antiguo Testamento, particularmente como sacrificio del Siervo doliente, la muerte de Jesús tuvo lugar según las Escrituras.

Toda la vida de Cristo es una oblación libre al Padre para dar cumplimiento a su designio de salvación. Él da “su vida como rescate por muchos” (Mc 10, 45), y así reconcilia a toda la humanidad con Dios. Su sufrimiento y su muerte manifiestan cómo su humanidad fue el instrumento libre y perfecto del Amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres.

Jesús ofreció libremente su vida en sacrificio expiatorio, es decir, ha reparado nuestras culpas con la plena obediencia de su amor hasta la muerte. Este amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1) del Hijo de Dios reconcilia a la humanidad entera con el Padre. El sacrificio pascual de Cristo rescata, por tanto, a los hombres de modo único, perfecto y definitivo, y les abre a la comunión con Dios».



“Entró en agonía...” (Lc 22, 43)

Contemplamos al Señor en el Huerto de Getsemaní donde padece una cruel agonía por nuestro amor. A través del libro *La Pasión del Señor*, del P. Luis de La Palma, leamos y ponderemos el sufrimiento de Nuestro Señor: si tanto fue su dolor, tal fue la inmensidad de su Amor. Y reparemos por tantos sacrilegios como se comenten contra la Eucaristía.

«A pesar de tanta tristeza y dolor el Salvador se ofreció con prontitud a la muerte, por obedecer a su Padre y por salvar a los hombres. Pero, al advertir la terrible carga que tomaba sobre sus hombros, “entró en agonía”. Y perseveró haciendo más intensa su oración hasta sudar sangre. No os sorprenda que Jesús sufriera tanto. Quizá muchos hombres se han visto en situacio-

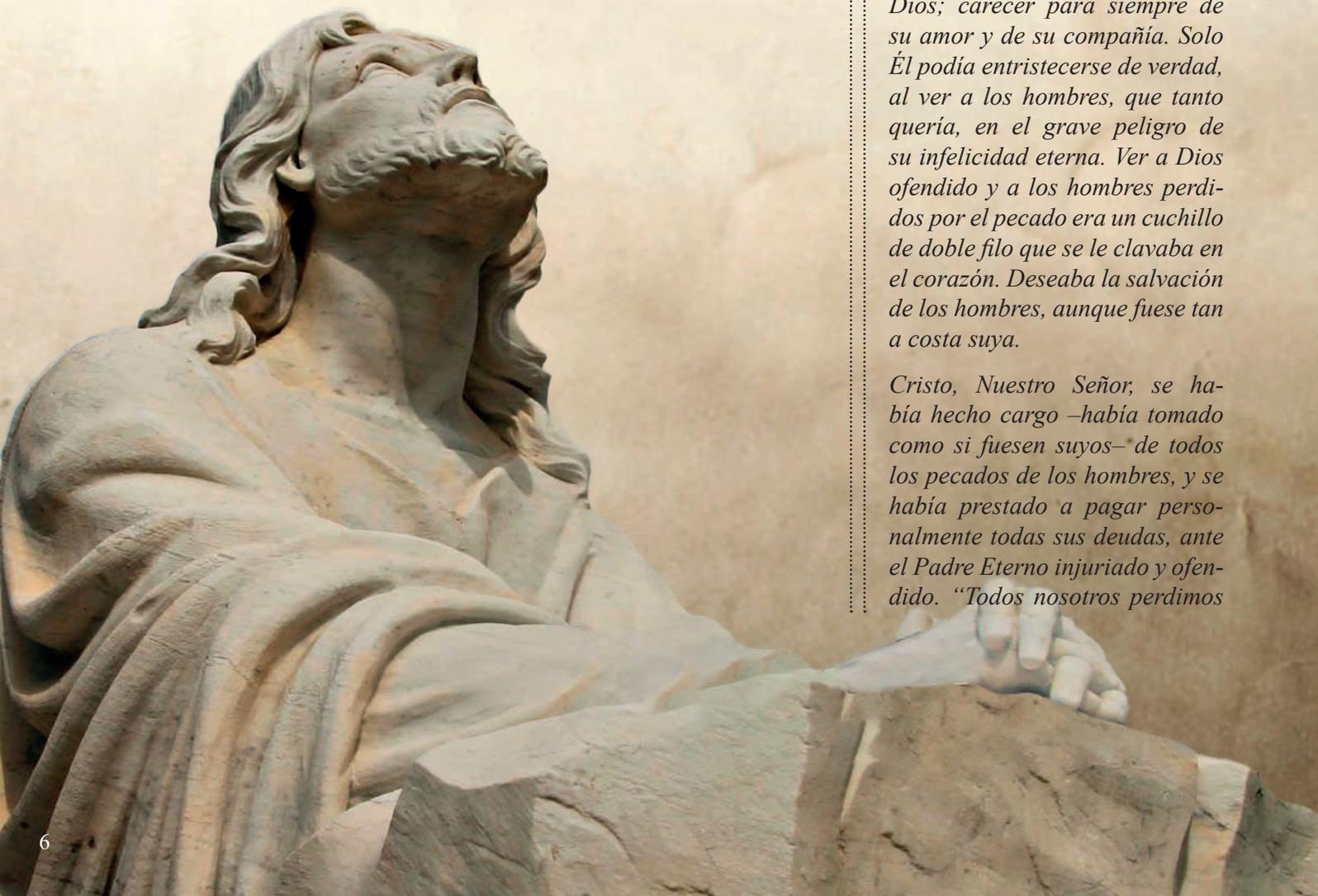
nes más crueles, pero recordad: “No llames valiente al que más heridas recibe, sino al que más sufre por ellas”, y las soporta. Y nadie como Cristo tuvo un alma tan grande: su dolor fue a la medida de su amor; no comprendemos del todo su amor, por eso no comprendéis su dolor.

Jesucristo veía clara e íntimamente la esencia de Dios y, a su

vista, vivía como arrebatado por el ansia de servirle, de amarle con toda la fuerza inexpressable de su amor. Veía también todos los pecados cometidos por los hombres desde el comienzo del mundo, todos los que iban a cometer todavía contra Dios, y su dolor de ver ofender a la Divina Majestad era tan grande como grande era su deseo de que fuera bendecida y amada. No hay quien pueda comprender este amor, y así tampoco hay nadie que pueda alcanzar la hondura de su dolor.

Solo Jesús sabía apreciar justamente la gran desgracia que es para el hombre ser enemigo de Dios; carecer para siempre de su amor y de su compañía. Solo Él podía entristecerse de verdad, al ver a los hombres, que tanto quería, en el grave peligro de su infelicidad eterna. Ver a Dios ofendido y a los hombres perdidos por el pecado era un cuchillo de doble filo que se le clavaba en el corazón. Deseaba la salvación de los hombres, aunque fuese tan a costa suya.

Cristo, Nuestro Señor, se había hecho cargo –había tomado como si fuesen suyos– de todos los pecados de los hombres, y se había prestado a pagar personalmente todas sus deudas, ante el Padre Eterno injuriado y ofendido. “Todos nosotros perdimos



el camino, y el Señor puso sobre su Mesías los pecados de todos” (Is 53, 6).

El amor de Nuestro Señor aceptó esta rigurosa sentencia de la justicia divina y cargó con todos los pecados que los hombres han hecho, hacen y han de hacer hasta que el mundo se acabe, sin dejar uno. El Señor se dispuso a pagar con el dolor de su corazón. Es imposible contar el número y la maldad de los pecados de los hombres, pero aún más imposible es calibrar el dolor de Cristo.

Cristo no solamente salió fiador de culpas ajenas, sino que se presentó Él mismo como culpable, como si los pecados fueran suyos... se hizo tan uno con nosotros como lo es la cabeza con el cuerpo: quiso que nuestras culpas se llamasen culpas suyas; por eso no solamente pagó con su sangre, sino con la vergüenza de esos pecados.

A pesar de la vergüenza que padeció por nuestros pecados, pidió perdón por ellos como si fueran suyos. A veces, cuando un hombre comete un delito, algunos de los que fueron sus amigos dicen no conocerle, para no poner en tela de juicio su propia honradez. El Señor, en cambio, se presenta a ayudarnos a nosotros, delincuentes y pecadores, llamándonos amigos, hermanos, hijos suyos, llamándonos hasta miembros de su mismo cuerpo, unos con Él; y lo proclama a gritos ante el tribunal de la justicia divina. Ruega que seamos perdonados, negocia nuestra absolución, se entrega Él mismo como malhechor para pagar nuestra pena.

Cómo sería su tristeza, que le hizo sudar sangre... Parece que ya no podía ser mayor la tristeza de Jesucristo, pero sí. Nuestro desagrado, que es lo que más duele a quien da con amor; hizo aumentar la tristeza que sen-

tía. Vio que iba a haber muchos que no conocieran su esfuerzo en favor nuestro, tantos que no lo apreciaran, que no lo agradecieran. Vio que después de haber dado su sangre para limpiar nuestra inmundicia, aún habría quienes murieran eternamente. Esto hería su corazón de tal modo que es imposible decirlo con palabras. Sintió el nuevo pecado de los hombres: los que pisan su sangre y desprecian su amor.

Mucho más duro es este desprecio si viene de los mismos cristianos, de quienes han recibido mayores muestras de amor; entonces el desagrado desgarra más porque los que aman mucho se entristecen cuando les responden con desprecio. Dinos, Señor; ¿qué sientes, Tú que nos tienes tanto amor, cuando te despreciamos y te olvidamos?

Vio también, en una mezcla de dolor y de consuelo, cómo sus escogidos luchaban en la tentación, vio su mortificación y su esfuerzo, su penitencia, las persecuciones que iban a padecer, las injurias y la deshonra que sufrirían, su trabajo y su cansancio, su dolor y, a veces, su martirio. Miró todo esto como algo muy propio, porque muy de cerca le llagaba el corazón. Eran padecimientos de los suyos, eran padecimientos suyos. Padecían por su amor, por no ofenderle, en defensa suya. Eran perseguidos solo por ser sus amigos, porque le servían y le seguían a Él. El Señor hacía suyo todo este dolor y lo padecía Él».

Acompañemos a Nuestro Señor en su dolor, agradezcamos su amor a cada uno de nosotros. Y cuando el dolor nos visite, ofrezcámosle nuestros dolores para aliviar los suyos. No nos quejemos. Jesús padeció primero, mucho más. Él nos acompaña y será nuestro consuelo.



AFECTOS LLENOS DE AMOR A

Jesús Crucificado,

PARA MEDITAR FRENTE AL SANTÍSIMO SACRAMENTO



San Rafael Arnáiz Barón, religioso de la Orden Cisterciense en el monasterio de San Isidoro de Dueñas, en España, fue un joven místico que aquejado –todavía novicio– por una grave enfermedad, soportó con gran paciencia su maltrecha salud, confiando siempre en el Señor. Sus escritos están impregnados de piedad y amor al Señor y a su Santa Madre. Además, fue un alma profundamente eucarística que, junto al Sagrario de su parroquia primero, y de su monasterio, después, consoló a su Dios y tuvo un trato íntimo y profundo con Él. Extraemos de sus escritos algunos afectos llenos de amor a Jesús crucificado.

- ¡Ah!, buen Jesús, si los hombres supieran lo que es amarte en la Cruz...! ¡Si los hombres sospecharan lo que es renunciar a todo por Ti...!

- Ama con locura... adora en silencio esa Cruz que es tu tesoro sin que nadie se entere. Medita en silencio a sus pies, las gran-

dezas de Dios, las maravillas de María, las miserias del hombre del que nada debes esperar... Sigue tu vida siempre en silencio; amando, adorando y uniéndote a la Cruz... ¿qué más quieres?

- Callemos a todo, para que en el silencio oigamos los susurros del amor, del amor humilde, del amor

paciente, del amor inmenso, infinito que nos ofrece Jesús con sus brazos abiertos desde la Cruz.

- Debemos poner una sonrisa delante de cada cruz, de modo que nosotros vivamos esa cruz, pero que los demás solo vean la sonrisa.

- Déjame vivir al pie de tu Cruz sin pensar en mí, sin nada que-

rer ni desear, más que mirar enloquecido la sangre divina que inunda la tierra...

- Déjame, Señor, llorar, pero llorar de ver lo poco que puedo hacer por Ti, lo mucho que te he ofendido estando lejos de tu Cruz... Déjame llorar el olvido en que te tienen los hombres, aún los buenos...

- Déjame, Señor, vivir al pie de tu Cruz... de día, de noche, en el trabajo, en el descanso, en la oración, en el estudio, en el comer, en el dormir, ..., siempre... siempre...

- Qué corto se me hace el día cuando lo paso con Jesús en el Calvario. Qué dulce y tranquilo es el sufrimiento pasado en compañía de Jesús crucificado.

- El camino dulce de la Cruz... es el sacrificio, la renuncia, a veces la batalla sangrienta que se resuelve en lágrimas en el Calvario, o en el huerto de los Olivos; el camino, Señor, es ser el último, el enfermo, el pobre oblato trapense que a veces sufre junto a la Cruz.

- El que ama a Cristo, ama su Cruz.

- En el mundo se lloran intereses materiales, viles y delezna- bles... En el mundo se llora poco

por Cristo. En el mundo se sufre poco por Dios.

- Enséñame a padecer con esa alegría humilde y sin gritos de los santos... Enséñame a ser manso con los que no me quieren, o me desprecian... Enséñame esa ciencia que Tú desde la cumbre del Calvario muestras al mundo entero.

- Para entender la Cruz, hay que amarla.

- Si entras en agonía por Cristo, el mismo Cristo te enjugará tus lágrimas y te llevará la cruz.

- Solamente a los pies de tu Cruz, viéndote clavado en ella, se aprende a perdonar, se aprende humildad, caridad y mansedumbre.

- Tengo lo mejor que un cristiano puede tener... la Cruz de Jesús muy dentro del corazón.

- Dios vive en el corazón del hombre cuando este corazón vive desprendido de todo lo que no es Él.

- ¿Dónde está, pues, la libertad? Está en el corazón del hombre que no ama más que a Dios. Está en el hombre cuya alma ni está apegada al espíritu ni a la materia. Está en esa alma que no se supedita al "yo" egoísta, en esa alma que vuela por encima de sus propios pensamientos, de sus propios sentimientos, de su propio sufrir y gozar. La libertad está en esa alma cuya única ra-

zón de existir es Dios, cuya vida es Dios y nada más que Dios.

- Cristo dijo: "Pedid y recibiréis...". Yo pido mucho, pero para no pedir lo que no conviene, le pido a Dios lo que Él quisiera que le pidiéramos.

- Ni yo tendré más gloria por estar en un convento, ni tú menos por no estarlo..., pues a la hora en que Dios nos llame a juicio, a mí me exigirá el haber sido un buen trapense, y a ti el haber sido un buen ingeniero de montes, y un padre de familia cristiano.

- Mira delante de Jesús lo que eres, y aprende a conocerte; así no tendrás soberbia, y en tu propia humillación aprenderás algo de humildad, que aún no sabes lo que eso es, y es necesario que lo aprendas.

- Dame, Señor, esa paciencia que hace de los hombres santos; dame esa paciencia que me es tan necesaria para llevar el peso de las tribulaciones en esta vida que, a veces, me parece tan larga.

- Las miserias y flaquezas ofrecidas a Jesús por un corazón de veras enamorado, son aceptadas por Él como si fueran virtudes.

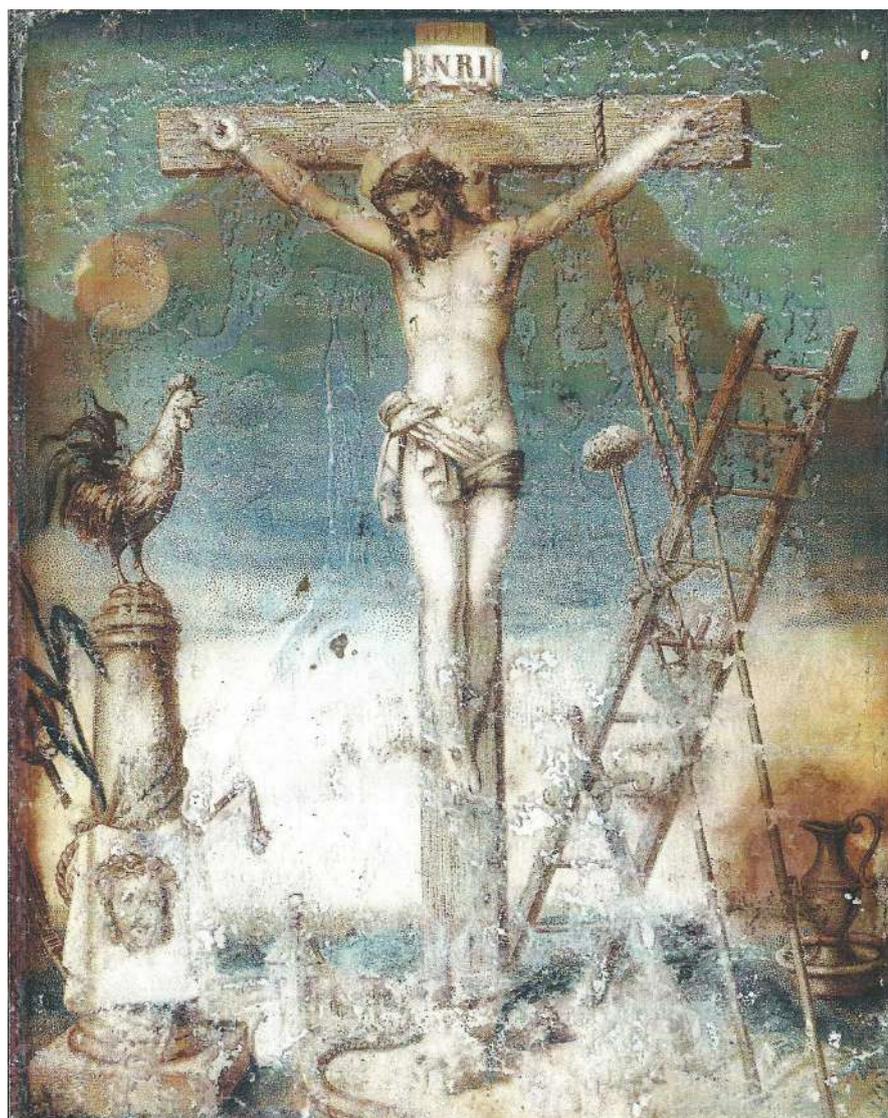
- No hace falta para ser grandes santos, grandes cosas. Basta el hacer grandes las cosas pequeñas... Dios me puede hacer tan santo pelando patatas como gobernando un imperio.

- Dios no nos exige más que sencillez por fuera y amor por dentro.

María y la gratitud hacia Jesús

Jesús en la Eucaristía nos espera para hacernos bien. Tal vez no lo percibimos, pero nuestra vida está llena de sus beneficios. Donde Él está presente es donde más bien hace, a manos llenas.

Jesús hace beneficios en el Evangelio... Es sensible a la gratitud. Cura a diez leprosos y solo uno, un samaritano, regresa para alabarlo, darle gracias, dar gloria a Dios... Jesús deja escapar esta queja: “¿Dónde están los otros nueve? ¿Solo ha venido este extranjero para dar gloria a Dios?”. Su corazón está lastimado por el amor no correspondido.



Jesús hace beneficios ahora, en nuestras vidas. Es muy bueno detenernos cada día a pensar en los que nos dio: la vida, la salud, la vista, los sentidos, la amistad, el agua, el oxígeno que respiramos, las bellezas de la naturaleza, los alimentos, la familia. Y muchos más...

Y en un plano espiritual: el bautismo, la gracia santificante y actual, el haber conocido la santa Fe, el compartir su Madre con nosotros, la redención dolorosa en la cruz...

Entre estos bienes, también incluiremos el magno regalo de sí mismo en la Eucaristía. No es un derecho que se puede reclamar, sino un don que recibir con humildad.

El alma humilde es agradecida. El egoísta no: solo está en lo que necesita él, no está en el otro, lo que hacen por él o lo que él puede hacer por los demás.

La gratitud no es instintiva en el hombre; todo lo contrario: a mayor instinto, mayor egoísmo; por eso los ingratos se reclutan siempre entre los egoístas.

El agradecimiento es una virtud con la que saldamos a nuestros bienhechores una deuda.

La gratitud está cuando una persona nos hace un favor y le damos gracias, le correspondemos con otro favor, e incluso le damos algún regalo valioso, según la magnitud del beneficio. Por ejemplo, hay personas que a un médico que les ha devuelto la salud, le ofrecen luego una caja de dulces.

Tenemos que cultivar la humildad y esa noble sensibilidad de reconocer y agradecer los bienes. Y el primer bienhechor que tenemos es Dios.

“No dejemos transcurrir ni un solo día sin agradecerle a Dios tantas gracias como durante nuestra vida nos ha concedido”.
(Santo Cura de Ars)



“Mal procede quien se llena de soberbia a causa de su riqueza y no reconoce haber recibido de Dios todo lo que tiene, pues todos nuestros bienes, espirituales o temporales, de Dios son”. (Santo Tomás, sobre el Padrenuestro)

La gratitud de María

Nuestro ejemplo es María, la llena de gracia, Madre de Dios. Se ve llena de favores de Dios, y a la vez reconoce que nada merece, que es una esclavita del Señor.

El Magníficat es su cántico de alabanza. En él, el alma de María estalla de alegría frente a la gran obra de Dios. *“Mi alma engrandece al Señor; glorifica al Señor; exalta al Señor; canta la grandeza del Señor...”*. Esta oración suya tan hermosa es un modelo para nuestra oración. María nos enseña a vivir en la alegría y en la gratitud a Dios.

Por pura bondad divina, por el misterioso decreto de su Voluntad, asoció a Jesús esta criatura, que en sí es pura nada, y la hizo Madre de Dios, Inmaculada, siempre Virgen... y todos sus demás privilegios.

Cuando la alaban, Ella como que dice: ‘no a mí, sino a Dios, que es el único bueno y grande’. Estalla

en un canto de reconocimiento al Señor que miró la humildad de su esclava y ha hecho obras grandes en Ella.

Gratitud eucarística

Nuestro agradecimiento se ha de poner de manifiesto especialmente en la Santa Misa y en la Sagrada Comunión. Cuando vamos a Misa, llegar unos minutos antes, para hacer una preparación.

Previamente a la Comunión, pedirle siempre a nuestra buena Madre su Corazón todo puro, tan agradecido, para recibir al Cordero purísimo.

Después, mucho se recomienda un ratito para estar con Jesús, darle gracias, rezarle, pedirle por alguna necesidad, reparar, etc.

El Magníficat es un precioso himno de acción de gracias para los momentos después de la comunión eucarística.

“Se ha de procurar que a la Sagrada Comunión le preceda una diligente preparación y le siga una conveniente acción de gracias, adaptada a las posibilidades, condición y deberes de cada uno”. (San Pío X)

“La misma naturaleza del Sacramento reclama la acción de gracias para que su percepción

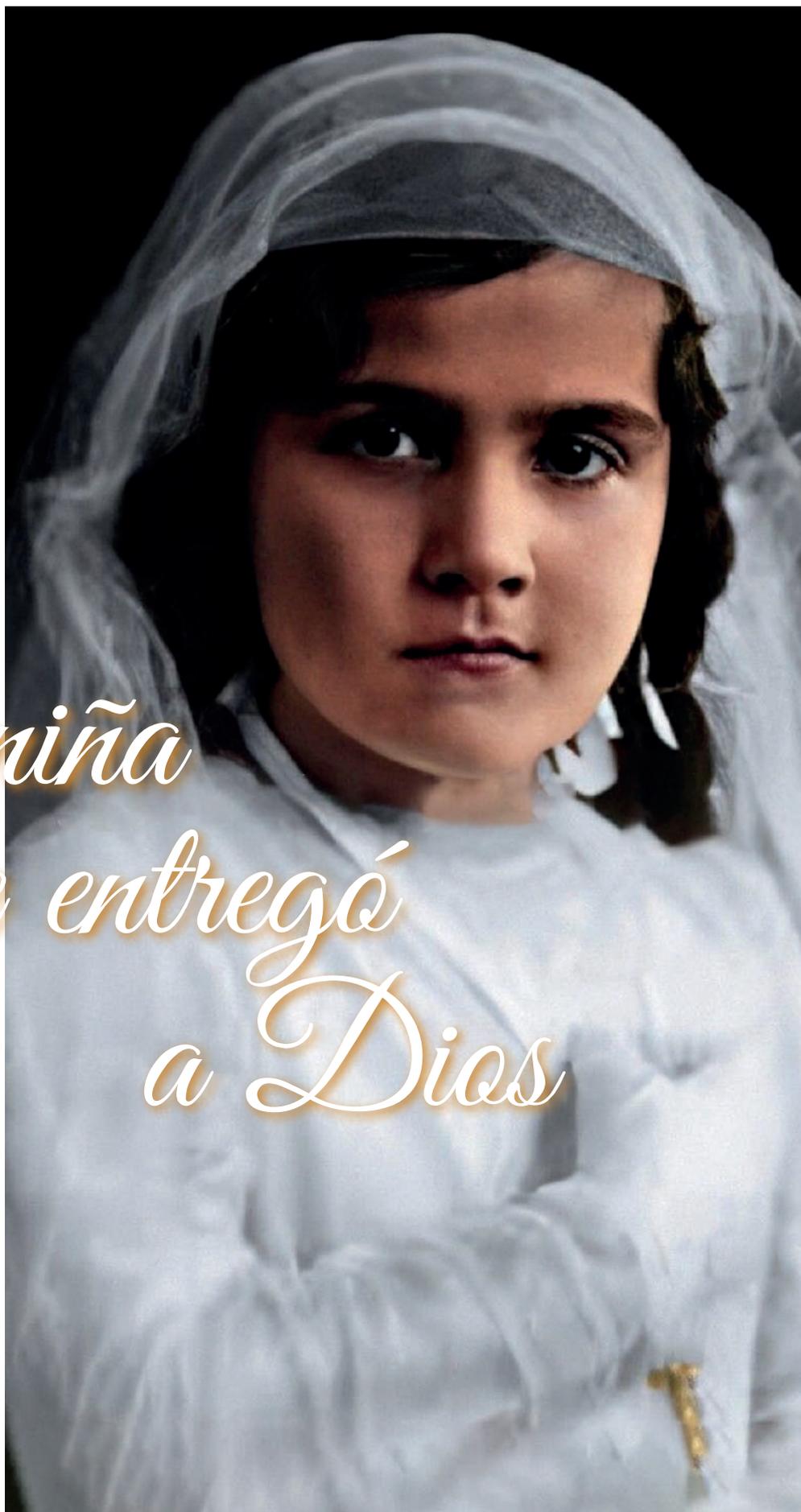
produzca en los cristianos abundancia de frutos de santidad. Ciertamente ha terminado la reunión pública de la comunidad, pero cada cual, unido con Cristo, conviene que no interrumpa el cántico de alabanza, dando siempre gracias a Dios Padre en nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Tan lejos está la Sagrada Liturgia de reprimir los íntimos sentimientos de cada uno de los cristianos, que más bien los reanima y los estimula para que se asemejen a Jesucristo, y por Él se encaminen al Eterno Padre; por lo cual ella misma quiere que todo el que hubiere participado de la Hostia Santa del altar, rinda a Dios las debidas gracias, pues a nuestro Divino Redentor le agrada oír nuestras súplicas, hablar con nosotros de corazón a corazón, y ofrecernos un refugio en el suyo ardiente”. (Pío XII, Enc. Mediator Dei, n. 30).

¿Qué cosas te llenan de alegría y te mueven a dar gracias al Señor? ¿Qué cosas Dios ha hecho en tu vida que ha movido tu corazón para estallar en alegría y te mueven a darle gracias con un profundo amor? ¿De este reconocimiento del bien recibido sacas más amor de retorno?

MARÍA DEL
CARMEN
GONZÁLEZ
VALERIO Y
SÁENZ DE
HEREDIA

*Una niña
que se entregó
a Dios*

En 1930 España vivía trágicas horas de odio a la fe, sin embargo, Dios enviaba una pequeña mensajera de amor y perdón. En una casa de Madrid, nació María del Carmen González Valerio y Sáenz de Heredia en el seno de una familia profundamente cristiana. Era la segunda de cinco hijos. Fue bautizada con el nombre de María del Carmen del Sagrado Corazón. Sus padres la consagraron a la Virgen antes de nacer y luego se la ofrecieron en diversas peregrinaciones en sus santuarios principales. Recibió la confirmación a los dos años.



Ya desde los cuatro o cinco años era la encargada de dirigir el Santo Rosario en familia y de recitar de memoria las letanías de la Virgen en latín, algo de lo que sus padres se sentían muy orgullosos.

Con ansias incontenidas de recibir a Jesús- Eucaristía, se preparó con entusiasmo, seriedad y un interés impropio de su corta edad, a su primera Comunión que hizo a los seis años, el 27 de junio de 1936 (fiesta de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro).

Para ella todo se encontraba en Jesús. Tenía mucha devoción a su Sagrado Corazón y gastaba todos sus ahorros en propagarlas. Sentía una gran repugnancia hacia la mentira. Era muy agradecida a cualquier servicio que le hicieran. Todos se sentían felices a su lado. La fe alumbraba su camino y ya desde muy pequeña tenía claro el concepto de la santidad, siguiendo el ejemplo de Cristo. Le gustaba pasar mucho tiempo mirando imágenes piadosas y enseñar a sus muñecas a rezar y hacer la señal de la Cruz.

Sus virtudes características fueron la pureza y la caridad.

Mari Carmen se mostró siempre muy generosa. En cierta ocasión, un mendigo llamó a la puerta de su casa. La niña le abrió la puerta, le dio todo el dinero que tenía y le dijo: *«Ahora llame otra vez para que mamá le dé algo»*.

La persecución religiosa, que había comenzado algunos años antes, se hizo entonces más fuerte. El padre de Mari Carmen fue arrestado, conducido a prisión y asesinado.

Tras la muerte de su marido, la vida de la madre de Mari Carmen corría peligro por lo que se trasladó a vivir a la embajada de Bélgica. Sus hijos quedaron al cuidado de su tía Sofía que relataría

más tarde: *«Durante su estancia en mi casa la niña recitaba todos los días el Rosario de las llagas del Señor por la conversión de los asesinos de su padre»*.

Un día, Jueves Santo, al asistir a la Santa Misa junto a su abuela, Mari Carmen le preguntó: *«¿Me entrego?»*. La abuela asintió, sin entender lo que quería decir su nieta. *«La seguí después de la comunión; se hubiera dicho que la transportaban los ángeles. Se cubrió el rostro con sus pequeñas manos, luego se quedó un momento arrodillada en acción de gracias. A la salida de la iglesia, me preguntó el sentido exacto de entregarse y le respondí: es darse por entero a Dios y pertenecerle completamente»*, asegura la abuela.

Poco tiempo después diagnosticaron a la pequeña una escarlatina que se fue agravando con el paso de los días. Durante su dura convalecencia, dio claras muestras de virtud y no pidió en ningún momento que Dios la curara, sino *«que se haga Su voluntad»*. Todos los intentos para sanarla fueron inútiles.

Una de sus enfermeras afirmó: *«Cuando le colocábamos el suero en las venas de las manos, porque las otras estaban dañadas, nos pedía que rezáramos. Entonces rezábamos un Credo y un Padrenuestro, todas juntas con ella. Rezaba muy lentamente...»*. Los sufrimientos que padeció fueron realmente insoportables, pero la pequeña los sobrellevó invocando a Jesús y a María.

Mari Carmen afirmó que la Virgen María iría a buscarla el día de su santo, el 16 de julio. Y no se equivocó. En la mañana del 17 de julio de 1939, Mari Carmen se sentó en su cama, cosa que no podía hacer desde hacía ya largo tiempo, y dijo: *«Hoy me voy a morir, ¡me voy al cielo!»*. Doña

Carmen, su madre, congregó entonces a toda la familia alrededor de la pequeña.

Pidió perdón por no haber sabido amar a su enfermera y por haber omitido alguna vez sus oraciones. Después, le pidió a su madre que cantase: *«Qué bueno eres, Jesús»*. Horas más tarde, Mari Carmen aconsejó por sorpresa a todos: *«Ámense unos a otros»* y se recogió totalmente *«de forma sobrenatural»*, cuenta su abuela.

Cuando murió, a las 3 de la tarde, Mari Carmen estaba destrozada y deformada físicamente por la enfermedad, pero uno de sus tíos se percató de un hecho extraordinario: *«¡Miren qué bella se vuelve!»*, advirtió. Además, un dulce perfume diferente del de las flores de su alrededor emanó de ella. La rigidez había desaparecido y se había transfigurado en una bella imagen.

Mari Carmen se ofreció especialmente por el Presidente de la Segunda República. El 3 de noviembre de 1940, Azaña muere en Montauban, Francia. Según el obispo de la diócesis, que en ese momento lo asistía, recibió con toda lucidez el sacramento de la penitencia y expiró en el amor de Dios. Lo que el Presidente no supo es que una niña de nueve años había rezado y ofrecido sus dolores y sufrimientos por su salvación.

La vida de la pequeña Mari Carmen, hoy declarada Venerable y camino a los altares, nos enseña que los niños alimentados con la Eucaristía desde tierna edad y sumergidos en un ambiente de alegría, amor y fe pueden ser niños santos, capaces de las mayores proezas de santidad. Que como esta pequeña, que supo amar a Jesús Eucaristía y entregarse sin miedos y sin reservas a Él, lo hagamos también nosotros.

LAS ABEJAS ADORADORAS *de Jesús*

Los milagros eucarísticos nos enseñan de forma patente la Presencia Real de Nuestro Señor Jesucristo y nos invitan a una adoración más intensa y profunda. En esta ocasión Dios va a servirse de ¡¡abejas!!, para enseñarnos a adorar a Jesús Sacramentado. Así nos lo han relatado:

«Un crimen terrible atribuló aquella simple y devota aldea polaca: Dos hombres encapuchados invadieron la iglesia parroquial y robaron la Hostia grande, reservada para las Adoraciones solemnes que se realizaban todas las mañanas. Los sacrílegos consiguieron esconderse en un bosque próximo.

Durante días todo el pueblo, desconsolado, además de hacer vigiliás en desagravio por el gran sacrilegio, registró en vano el bosque.

Ni siquiera el señor Antonio, viejo apicultor, que conocía palmo a palmo aquellas tierras donde naciera y pasara toda su vida, consiguió encontrar ni una huella de los fugitivos.

El tiempo pasaba y todos redoblaban las oraciones, la fre-

cuencia en la Santa Misa y la participación en los otros actos de piedad de la parroquia. El diligente párroco llegó a pensar que tal vez la Divina Providencia hubiese permitido el terrible acontecimiento para enfervorizar a toda aquella gente.

El señor Antonio había heredado de su padre un pequeño lugar y vivía de vender la miel producida por las laboriosas abejas de su colmenar. Viudo y sin hijos, cuidaba personalmente las colmenas. Se entretenía observando el trabajo de las abejas. De día ellas trabajaban arduamente, zumbando y volando por todos lados, entrando en las cajas con las patitas hinchadas de polen y saliendo con ellas bien delgadas para buscar más materia prima. Por la noche, dormían tranquilamente. No se oía entonces ni siquiera un zumbido. En las cercanías de las colmenas todo era oscuridad y silencio.

Sin embargo, pocas semanas después del robo sacrílego, el señor Antonio notó que en una de las cajas, las abejas entraban y salían con más frecuencia y todas las abejas de las otras colmenas parecían haber concentrado en ésta su trabajo. Parecía salir del interior de aquella caja un ruido muy suave y agradable, como si hubiese allí una cascada, cuya agua se deslizase suavemente hasta el suelo.

Un hecho todavía más impresionante se dio algún tiempo después. Era ya de noche cuando un enjambre de abejas comenzó a volar en torno de su cabeza, como si quisiese comunicarle algo. Se aproximó al colmenar y vio, con enorme asombro, que de una colmena salía una luz de gran intensidad y las abejas entraban en ella como queriendo decirle que allí había alguna cosa.



A la mañana siguiente, se preparó rápidamente y, casi corriendo, como se lo permitían los años, se dirigió a la parroquia para asistir a la Santa Misa y contar al párroco lo sucedido.

—Eso me parece algo sobrenatural. Iré hoy mismo a ver qué está sucediendo —dijo el sacerdote.

Al anoecer, acudió con el sacristán y otro sacerdote. Las abejas les dejaban pasar, sin hacerles nada. El párroco no podía entender lo que veía: del interior de aquella caja salía una luz espléndida.

Mandó al señor Antonio que la abriera. Y... ¡qué maravilla! Vieron una bellísima custodia hecha de fina cera blanca, todaafiligranada, dentro de la cual estaba la Sagrada Hostia robada de la iglesia algunas semanas antes. Y alrededor de ella, las abejas tranquilas, ¡en actitud de adoración!

El párroco y sus acompañantes se arrodillaron para adorar también al Santísimo Sacramento y dieron gracias a Dios por la manera prodigiosa con que aquellas criaturas irracionales hicieron un acto de reparación por el sacrilegio que tanto dolor había causado a los habitantes de la aldea. Sin demora, el párroco convocó a los fieles y organizó una procesión —en la cual participaron, en enjambre, las abejas— para conducir a la parroquia la milagrosa custodia de cera con la Sagrada Hostia.

Algún tiempo después fue llevada a una capilla especialmente construida con el objetivo de hacer Adoración Perpetua a Jesús Sacramentado.

Cuantos iban a pedir una gracia o a implorar la misericordia de



Dios salían consolados y muchos enfermos volvían a casa completamente curados.

Pero el mayor milagro continuaba siendo la custodia de cera, colocada en un bello relicario. Y día tras día los fieles podían ver muchas abejas entrando por una ventana y volando alrededor del altar para rendir culto a la Eucaristía.

No es la primera vez que Dios se sirve de la cera de las abejas para hacernos honrarle. El Sábado Santo, en la Santa Vigilia Pascual, el Pregón Pascual o Exsultet reza así: “En esta noche de gracia, acepta, Padre santo, este sacrificio vespertino de alabanza que la Santa Iglesia te ofrece por medio de sus ministros en la solemne ofrenda de este cirio, hecho con cera de abejas».

Benedicto XVI, en la homilía de la Vigilia Pascual de 2012, decía:

“El gran himno del Exsultet nos recuerda que este objeto, el cirio, se debe principalmente a la labor de las abejas. Así, toda la creación entra en juego. En el cirio la creación se convierte en portadora de luz. Pero, según los Padres, también hay una referencia implícita a la Iglesia. La cooperación de la comunidad viva de los fieles en la Iglesia es algo parecido al trabajo de las abejas. Construye la comunidad de la luz. Podemos ver así también en el cirio una referencia a nosotros y a nuestra comunión en la comunidad de la Iglesia que existe para que la luz de Cristo pueda iluminar al mundo”.

ALIANZA DE ORACIÓN MARIANA

Cor Mariae Pro Eis

«En los planes de Dios, el encargado del oficio específico de santificar, de unir al hombre con Dios, de prolongar el oficio de Jesús a través de las generaciones es el sacerdote». (P. Rodrigo Molina)



Oremos por la fidelidad y santidad de los sacerdotes.

Este apostolado es una llamada a todos los fieles católicos, y a los que espontánea y libremente deseen unirse a esta alianza de oración, para que nos concienticemos de la responsabilidad que tenemos de ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes, en agradecimiento por la donación de sus vidas a Dios en favor de toda la humanidad.

Por medio de esta Alianza de Oración Mariana pedimos a la Virgen Santísima que aumente el número de los escogidos al estado sacerdotal, que su santo amor los proteja de todo peligro, que bendiga sus trabajos y fatigas y que, como fruto de su apostolado, obtengan la salvación de muchas almas que sean su consuelo aquí en la tierra y su corona eterna en el Cielo.

“Oh Jesús, que has instituido el sacerdocio para continuar en la tierra la obra divina de salvar a las almas, protege a tus sacerdotes en el refugio de tu Sagrado Corazón”. (Santa Teresita del Niño Jesús)


**Reinado
de María**

www.reinadodemaria.org

Síguenos en:

 NSEradio

 www.nseradio.com

 www.nsetv.com





nsetvradio
ejercitoblanc0



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv



Dirección de correo electrónico:
infoproeis@gmail.com